

UN LLAMADO A ACERCARSE PARA SANAR Y REDIMIR

Reflexión dominical de monseñor Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús para el programa radial "Compartiendo el Evangelio" 12 de febrero de 2006, 6º domingo durante el año

Evangelio de San Marcos 1, 40-45

Curación de un leproso

Estamos con la enfermedad de la lepra y la actitud de Cristo, la misericordia. La misericordia que se acerca y no que se aleja. En la antigüedad, sobre todo en la mentalidad de Israel, la enfermedad física estaba muy unida a la enfermedad del alma, es decir al pecado.

Así entonces, esta persona que tenía lepra, se debía a que había pecado él o sus padres y por lo tanto era una persona en estado impuro. Se lo separaba de la comunidad para que no contamine porque estaba impuro y porque tendría algún pecado.

Obviamente ese concepto se ha modificado: no necesariamente toda enfermedad física tiene que ver con el pecado. Algunas pueden ser, como la promiscuidad, pero no necesariamente es así. Uno tiene que saber, para no hacer ningún juicio negativo, que existen enfermos que tienen enfermedades y que, porque están enfermos y tienen enfermedades, ninguno de los demás, parientes, vecinos o amigos, los pueden separar. Al contrario, tiene que acercarse y ayudar a estos enfermos.

El que viene a curar, a sanar, es Cristo. Y El no sólo cura la enfermedad física, sino que cura el alma, adentro. Por eso Jesús toca, no se aleja. El gesto de tocar es muy importante. En aquella mentalidad, tocar al enfermo era quedar impuro también.

Jesús toca y no sólo que no queda impuro sino que purifica y sana. Fijémonos en lo importante: se acerca, toca y sana. Luego, readmite a este enfermo que estaba separado de la comunidad, al seno de la misma.

Veamos cuántas lepras hay en este mundo: la lepra del sida, la lepra de la hepatitis B, la lepra de las enfermedades psico sociales en nuestras familias, en nuestra sociedad, en nuestro país, en nuestro mundo.

¡Cuánta marginación! ¡Cuánta exclusión hay con niños, ancianos, personas con capacidades diferentes! ¡Todos nosotros tenemos que mirar a Jesús!, tomar fuerzas y no separar, no apartar, no aislar sino más bien integrar.

No tener miedo al contagio.

Tener una actitud de caridad.

Una actitud de cercanía, de mirar a la cara, de estar cerca del enfermo.

Una actitud de darnos cuenta de su necesidad, que no es nuestra necesidad sino la necesidad del enfermo que tiene que ser recibido, tomado en cuenta, considerado, entendido y ¿por qué no?, ¡amado!

Jesús es el que cura, el que sana, pero también es quien nos da la fuerza para que nosotros podamos seguir su ejemplo. Pensemos en esto: cómo tratamos al enfermo, con las distintas lepras, y de qué manera nos acercamos y le

respondemos. Así como Jesús no se apartó, espero que nosotros tampoco nos apartemos.

Que se suscite en ustedes esa vocación a la Pastoral de la Salud donde, desde la Iglesia Católica, uno pueda visitar enfermos en hospitales, en clínicas, en sanatorios, en las casas particulares. ¡Hay tanto dolor en el mundo!

Así como Dios mitiga el dolor en ustedes, que también ustedes mitiguen el dolor en los demás acompañando en este ministerio de la curación, de la sanación que Cristo tiene para con todos.

¡Den lugar a esa vocación!

¡No esperen que los llamen!

Preséntense a alguien encargado de esto, para que ustedes puedan hacer un servicio no sólo a una persona, sino un servicio a todos, sin excluir a nadie y sin discriminar a nadie.

Les dejo mi bendición.

Mons. Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús